

## D. LUIS BLANC Y NAVARRO.

---

Vamos á trazar la biografía de un amigo del pueblo, de uno de esos jóvenes cuya vida entera, como un largo sacrificio, ha sido consagrada á la defensa, á la instruccion, á la emancipacion de las clases desheredadas. Su carácter franco y leal, sus ideas elevadas, sus generosos sentimientos, su valor intrépido le hacen apto para tan nobilísima empresa. Su historia política es la historia de ese período revolucionario tan poco conocido, en que un puñado de hombres de fé, con infatigable ardor y arrostrando todo género de peligros, fueron carcomiendo poco á poco un trono que era la vergüenza y la ruina de nuestro país y preparaba la revolucion de Setiembre.

Luis Blanc y Navarro es natural de Barbastro, ciudad de la provincia de Huesca. Su vida pública empezó en Madrid el año de 1833, cuando apenas contaba diez y nueve años de edad, siendo uno de los individuos que constituian la sociedad secreta dirigida por D. Diego Pardo y en la que figuraban D. Mariano Fernandez, D. Vicente Martin y otros conocidos aragoneses.

Blanc es hijo de un confitero llamado D. Agustin, tipo de valor, y que habiendo sacrificado su existencia en aras de la causa liberal, murió víctima de su entusiasmo y de su hidalgo corazón. Su esposa, despues de haber visto saqueada su casa ocho veces por los facciosos durante la guerra civil, fué aboteteada por estos desalmados.

En la revolucion de 1834 recibió Luis Blanc su bautismo de fuego. En la tarde del 17 de Julio se dirigió á la Plaza de Toros en compañía de otros patriotas, con objeto de iniciar el movimiento. Al salir de la plaza, donde se recibió la contra-órden del levantamiento, fué uno de los primeros que lanzó el grito insurreccional, y á la mañana siguiente era uno tambien de los que más valor mostraban, haciendo fuego por las inmediaciones de San Martin y avenidas de la calle de Jacometrezo.

Organizados despues los batallones de la fuerza ciudadana, fué nombrado por aclamacion primer teniente de la 8.<sup>a</sup> compañía del 3.<sup>o</sup> de Ligeros. Su celo é interés por el buen nombre de la Milicia Nacional, le granjearon el afecto de todos los buenos liberales que le conocian, y consiguió que la compañía de su mando fuera modelo digno de imitar.

En Abril de 1836, asuntos de familia le obligaron á trasladarse á Barcelona, donde apenas restablecido de una grave pulmonía, tomó una parte activa en las jornadas de Julio de aquel año, siendo el primero que en la plaza de San Jaime dió el grito de «á las armas.» Cuatro dias sostuvieron el fuego dentro de la ciudad condal un puñado de valientes contra diez y siete batallones, y Luis Blanc probó, con la carabina en la mano, que era el mismo que dos años antes habia arrostrado las balas impasible.

De regreso á Madrid el año de 1837, y formadas

entonces dos sociedades secretas tituladas *Los Carbonarios* y *La Razon*, se inscribió en esta última, que algun tiempo despues, y á sus instancias, se constituyó en Junta revolucionaria, emancipándose del misterioso directorio que la gobernaba, y nombrando por presidente al jóven Luis Blanc.

Cuando tuvieron lugar las famosas cuerdas de Leganés, fueron á prenderle momentos despues de haber abandonado su casa. Pero el peligro no le intimidó, y en los años sucesivos estuvo constantemente afiliado en cuantas sociedades secretas trabajaban en pro de la libertad.

En 1860 se dió á conocer en *El Pueblo*, como periodista. Sus escritos se conocen sin la firma al pié, por la energía y el vigor que se observa en su lenguaje.

En 1863, siendo individuo de la Junta directiva de la sociedad *Fomento de las Artes*, pronunció varios discursos que fueron escuchados con marcada preferencia, y aumentaron su ya notable popularidad.

Entonces publicó un tomo de poesías titulado *El Cantor del Pueblo*, con éxito más que mediano.

Un año despues de esta publicacion se iba á poner en escena en el teatro de Novedades su primera obra dramática titulada *La Quiebra de un banquero*, cuando llegó á noticia de Luis Blanc que dos hijos del pueblo, individuos del *Fomento de las Artes*, habian tenido la desgracia de caer soldados, y llevado de los más nobles sentimientos, puso la obra á disposicion de la Sociedad, y esta la aceptó, y con su producto volvieron al hogar aquellos dos jóvenes afortunados.

Tan generosa conducta contribuyó no poco al triunfo, por otra parte merecido, del drama de Luis Blanc, obteniendo igual ó parecido éxito en las que más tarde dió al teatro, entre las cuales citaremos *Los Amigos de los Pobres*, *Bernardo el Calesero*, *Los Aventureros* y *El 5 de Marzo*.

Tambien ha publicado, ademas de otras obras, un folleto titulado *Basta de farsa*, y ha sido colaborador y redactor de varios periódicos.

Por aquel tiempo estableció en los barrios del Sur una Sociedad análoga á la del *Fomento de las Artes*, con el título de *Casino popular*, para cuya instalacion se le ofrecieron mil obstáculos, que pudo vencer auxiliado de sus compañeros y merced á su actividad inquebrantable. Allí estableció coros como los de Cataluña, escuelas para los adultos, lectura y otras, y hasta clase de esgrima, siendo él mismo el profesor que enseñaba á tirar el sable á los obreros. Tambien se organizaron en el Casino conferencias periódicas.

Llegó el 3 de Enero de 1866, y el pueblo de Madrid

se conmovió al saber la insurreccion del general Prim. Luis Blanc se lanzó á la calle, agitó á sus correligionarios, y á las ocho de la noche el *Casino popular* presentaba un aspecto completamente revolucionario. Allí, subido en una mesa, arengó á la multitud, en cuyo momento cercó la casa la policía; pero las acertadas medidas del ardiente demócrata lograron evitar un conflicto. A consecuencia de estas manifestaciones, fué perseguido y tuvo que ocultarse, consiguiendo, sin embargo, que durante la primera quincena de Enero ocupasen todas las noches sus adeptos los puestos designados de antemano. Consiguió ponerse de acuerdo con parte de la infantería de guarnicion en Madrid.

Llegó el 16 de Enero, en que se pusieron en capilla á los dos primeros sargentos complicados en la conspiracion de Alcalá. En este dia debian dar un resultado los trabajos revolucionarios en que tanta parte habia tomado Luis Blanc. Auxiliado por ciertos hombres de talla de su partido, y algunos progresistas, se convino el movimiento, á cuya cabeza se ponía un conocido general. Dos regimientos debian abandonar el cuartel de la Montaña al rayar el alba del siguiente dia. Los sargentos se hallaban comprometidos con Blanc; pero necesitaban saber á las diez de aquella noche el resultado de una reunion que debia verificarse entre demócratas y progresistas. Para darles cuenta del resultado, se convino en que un hombre, burlando centinelas y rondines, salvando la valla del cuartel de la Montaña, llegaria á una de las rejas en que ellos estarian ya esperando.

La junta tuvo lugar. En la hoja de una cartera se escribió el itinerario que las tropas sublevadas llevarian al salir. Luis Blanc se metió la hoja en el bolsillo, y dijo que le siguieran José Elorza y Santiago Trapero. Los tres en un carruaje se dirigieron á la plaza de San Marcial. Llegó el carruaje á la plaza, bajaron los tres, y se dirigieron hácia el cuartel. Minutos despues de haber cruzado por delante de multiplicados centinelas, llegaron á perderse entre la oscuridad del monte. Desde allí, y junto á un barranco, contemplaron breves momentos aquella masa de piedra que se levantaba ante ellos imponente. Los gritos de ¡alerta! se cruzaban sin cesar. Luis Blanc rompió el silencio, y dijo á sus dos compañeros:

—No perdamos tiempo ni pensemos en lo que vamos á hacer. ¿Cómo es más conveniente que se llegue á las rejas; con capa ó sin ella?

—Con capa, contestó Elorza, y puesto que yo no la llevo, dadme una de las vuestras.

—Entonces iré yo, contestó Trapero.

—No, replicó Blanc; iré yo, que hago ménos bulto.

—Imposible, dijeron á una voz sus dos bravos amigos, intentando detenerle.

—No os empeñeis, dejadme; sabeis mi resolucion; si llega alguna patrulla de la guardia veterana, avisadme con el silbato; si yo muero, entrad despues uno tras otro, que mañana al encontrar nuestros cadáveres, sepan los compañeros que hemos cumplido con nuestro deber.

Luis Blanc marchó entre la oscuridad, caminando casi á una muerte cierta. Sus amigos temblaban por la suerte que pudiera caberle en tal empresa. Salvó el vallado; detúvose un momento en medio de aquel inminente peligro; al fin llegó hasta la reja donde estaba la señal convenida; dió un golpe con cautela; la reja se abrió, y aparecieron multitud de sargentos. Reconociéronse en las tinieblas, y en medio de aquel peligro se cruzaron entre uno y otros las palabras de más conformidad, y Blanc, olvidándose en su entusiasmo de la difícil situacion en que se encontraba, arengó á aquellos bravos soldados. Estos le recordaron su crítica posición, y le advirtieron que el sargento graduado de subteniente García, necesitaba comunicar á los paisanos reservadas instrucciones; pero que no podia salir del cuartel, porque perteneciendo á otro cuerpo, se hallaba acuartelado en el otro extremo del edificio, y le era imposible abrir la puerta de la cuadra sin llamar la atencion de los jefes. Con ánimo resuelto, y á pesar del inminente riesgo que corrió de ser sorprendido por los centinelas, llegó Luis Blanc á la ventana donde era esperado, despues de cruzar toda la parte norte de aquel inmenso cuartel, y teniendo á veces que arrastrarse por el suelo ó pegarse contra las paredes para no ser visto. Se resolvió al fin á llamar sigilosamente á los vidrios, y la reja se entreabrió al cabo de un instante, dejando solo un pequeño resquicio para que pasara la voz del que dentro estaba. Era el sargento García, que despues de haber cambiado con Blanc el santo y seña, le explicó el movimiento estratégico que las tropas efectuarían al día siguiente para proteger la salida de otros cuerpos comprometidos tambien.

La reja se cerró en seguida, y Luis Blanc, esquivando los centinelas, llegó al pié del vallado, salvó este con extraordinaria agilidad, y al caer al lado opuesto apareció el rondin en el ángulo norte del edificio. Blanc se arrojó al suelo y permaneció tendido boca abajo conteniendo la respiracion. El rondin cruzó á algunos pasos de donde él estaba sin verle. Cuando se perdió el ruido de los pasos, levantóse sobre las ma-

nos, y se deslizó en esta postura hasta donde estaban sus compañeros.

Grande fué la alegría de estos al verle, pues ya les inspiraba sérios temores su tardanza.

Aquella misma noche fué á reunirse con los jefes de grupo de su organizacion, y dos horas antes de amanecer se le veia entre sus bravos camaradas con el revolver en el cinto y la carabina al brazo, aguardando la salida de la tropa de la Montaña para secundar el movimiento.

Por circunstancias que permanecen aun en las tinieblas del misterio, aquellos regimientos no salieron, y los suyos tuvieron que retirarse.

Pocas horas despues, Blanc, disfrazado, se fugaba de la córte para ocultarse en las montañas de su país, mientras algunos sargentos eran enviados á Filipinas.

A los pocos dias de esto, habiendo declarado el general O'Donnell que en nada se molestaria á los paisanos que habian tomado parte en aquella conspiracion abortada, Luis Blanc volvió á Madrid.

Firme siempre en su propósito, y con la indomable voluntad que le distingue, siguió conspirando.

Llegó el 22 de Junio, y notoria es la bravura que mostró el incansable revolucionario. El *Casino popular*, del cual era presidente, fué el punto de reunion de los sublevados del barrio de Lavapiés. A la hora convenida se lanzó á la calle á la cabeza de su gente con la piqueta en una mano y la carabina en la otra. Una grave contusion recibida en la pierna izquierda le obligó á retirarse de la célebre barricada de la calle de Cañizares.

Llevado al Casino, que estaba á pocos pasos de la barricada, siguió dirigiendo la accion y animando con su palabra á tantos valientes como acudian á aquel centro en busca de armas. Hasta cinco officios envió reclamando fusiles; pero todo fué en vano.

Triste y funesta jornada. Los bravos ciudadanos que con tanto valor como energia secundaron los esfuerzos de Blanc, entre los que se contaban Pantaleon García, Luis Marcote, Santiago Trapero, Antonio Maestro, Miguel Medialdea y otros, tuvieron al fin que abandonar la vanguardia y declararse en retirada, consiguiendo á duras penas salvar á Blanc, llevándole en hombros por los tejados.

La noche del 22 fué terrible para los vencidos. Los que habian podido salvar la vida, gemian en hediondos calabozos apiñados como fieras, ó se ocultaban como malhechores. Entre estos últimos se contaba Luis Blanc, cuando el hijo de la familia que le habia

albergado llegó anunciando que acababa de darse la orden de entregar á los heridos que se hubiesen recogido en las casas, bajo la pena de fusilar á los jefes de familia que ocultasen á los sublevados.

Para Luis Blanc esta noticia fué un golpe terrible, y se dispuso á abandonar la casa que con su presencia podia cubrir de luto. Pero ante esta digna actitud, la madre de aquella familia, con ánimo varonil y sentimientos generosos, le dijo:

—No saldrá Vd. de casa; mi esposo no está en Madrid, y esto aleja el peligro que pudiera amenazarnos este día. Voy á desocupar un baul-mundo; si saben que Vd. está aquí y viene la policía, en él se ocultará, y aunque le encuentren, no se atreverán á fusilar á una señora que sabe cumplir con un deber de humanidad.

¡Noble conducta, que merece honrosa mencion y eternas alabanzas! Su nombre, que no debe pasar en silencio, es doña Juliana Casans de Novella.

Burlando las pesquisas de la policía, llegó Luis Blanc á Barcelona, y cuando se preparaba á embarcarse para Marsella, recibió una carta de Borja, en la cual le ofrecían seguro asilo para él, y clima templado para que recobrase la salud su tierna niña que estaba casi agonizando. A pesar de los peligros á que se exponía volviendo á cruzar parte de la Península, no se decidió á abandonar el suelo patrio. Y merced á su serenidad y buena suerte, pudo al fin llegar á Borja, donde encontró un país hospitalario poblado de leales y verdaderos amigos.

Largo tiempo vivió en las faldas del Moncayo con nombre supuesto; pero sabiendo su paradero algunos de sus más íntimos amigos de Madrid, le instaron una y otra vez para que viniese á organizar los dispersos elementos del partido revolucionario. Al fin, y contra la opinion de sus amigos de Borja, se dirigió á Madrid. Dos meses y medio pasó durmiendo cada dos días en una casa distinta. Todas las noches salía disfrazado para asistir á alguna reunion, y de este modo logró organizar hasta cuarenta y siete grupos, cuyos jefes se reunieron en los barrancos de la venta del Espíritu-Santo uno de los últimos días de Noviembre de 1866: allí se nombró la primera junta revolucionaria de Madrid, de la cual fué elegido Luis Blanc presidente por aclamacion. En aquella reunion presentó Blanc las pruebas de la primera hoja del periódico *La Revolucion*, que fué aceptado con indecible entusiasmo.

Haciendo grandes sacrificios, publicó hasta el tercer número del periódico. La policía tuvo noticia de

estos trabajos del escritor revolucionario, y más de una vez intentaron su prision en las calles; pero les detuvo el temor de provocar un escándalo.

En los primeros días del mes de Enero de 1867 Luis Blanc se vió atacado de una pulmonía, y fué necesario que su familia acudiese á la cabecera de su lecho. Convaleciente aun, y á los dos días de haberse levantado, le sorprendió la policía, informada por una delacion infame.

Llevaronle en un carruaje al Gobierno civil, donde fué objeto de los más crueles y groseros tratamientos, y de las amenazas más terribles para que confesara los detalles de la conspiracion; llegaron aquellos esbirros hasta golpearle inhumanamente, diciéndole que le fusilarian en el acto si se obstinaba en no confesar.

En esta ocasion mostró Luis Blanc toda su energía y la firmeza de su carácter, encerrándose en la más absoluta negativa.

El pueblo de Madrid y el de España entera conmovióse al tener noticia de este escandaloso proceso. Todos creían ver ya levantarse el fatal tablado para la ejecucion del jóven caudillo, y hasta sus deudos más cercanos auguraban ya su próximo y desastroso fin.

Más la opinion pública declaróse en su favor, y sus correligionarios se disponían á salvarlo por la fuerza en el momento de la ejecucion. El Consejo, despues de largas deliberaciones, le sentenció á 16 años de presidio, y fué trasladado desde las prisiones militares al Saladero, donde le visitaron casi todos los hombres de su partido y una gran parte del vecindario pacífico de Madrid, tributándole las muestras más expresivas de simpatía.

El 13 de Febrero de 1867 salió en cuerda para el presidio de Alcalá, donde tuvo que vestir el traje degradante del criminal, y dejarse rapar la cabeza y afeitarse el bigote.

Al mes de su entrada en aquel establecimiento penal, el gobierno creyó que conspiraba, á pesar de que era tan vigilado que ni escribir le permitían, y ordenó su traslacion á Cartagena en cuerda como anteriormente, no bastando ni aun las certificaciones de los facultativos para que le permitiesen ir en el tren, y siendo necesario para que accediesen á esta justa reclamacion, que alguien indicara al gobierno el peligro de que se fugara en el camino si hacia el viaje á pié.

Ingresó á primeros de Abril en el presidio de Cartagena, y en aquel establecimiento, formando entre la hez de los miserables, apuró hasta la última gota de la copa del dolor durante diez y ocho meses. Allí, en aquella triste mansion, fué el consuelo de sus com-

pañeros de infortunio, que le llamaban el Padre de los pobres.

El indulto de Enero de 1868 le correspondía como á los demás confinados políticos. Salieron estos sin embargo, y él pasó por la desesperacion de ver regresar á sus hogares á sus mismos correligionarios, permaneciendo en el presidio seis meses más.

Durante este tiempo, formáronle un nuevo proceso que le llevó á las gradas del patíbulo, salvándose por la firmeza con que supo hacer frente á la espantosa trama que contra él se urdía.

Cuarenta dias antes de la revolucion salió del presidio, sin permitirle habitar en poblacion de gran vecindario. Retiróse á un santuario cerca de la ciudad de Borja, su hospitalario país; pero el 26 de Setiembre tuvo que ocultarse hasta que se presentó al frente del pueblo de aquella ciudad el 29, con las armas en la mano, consiguiendo el más completo triunfo sin derramamiento de sangre, llevando la tranquilidad y la alegría á toda la poblacion. Despues de recorrer

aquel partido como jefe de las fuerzas populares, haciendo una activa propaganda, se dirigió á Zaragoza, donde le llamaban sus correligionarios.

Allí fué el tribuno ruidosamente aplaudido y electo por miles de votos presidente del Comité republicano. La circunscripcion de Zaragoza le designó como candidato para diputado á las Córtes Constituyentes. Asimismo lo fué por el partido de Barbastro, en la provincia de Huesca, y optando por este último, que es su país natal, eligiéronle por 25,000 votos.

A su propaganda en la provincia de Huesca se debe en gran parte el triunfo de la candidatura republicana.

Abiertas las Córtes, tomó asiento en los bancos de la montaña, donde ha sostenido ya con su habitual energía, entre otras proposiciones con tendencias á plantear los principios del partido democrático-republicano, la de la abolicion de quintas y matriculas de mar, en pro de cuya proposicion pronunció un notable discurso, que ha puesto á grande altura el nombre del jóven y ardiente revolucionario.

## D. CIPRIANO SEGUNDO MONTESINO.

Si los inmensos servicios prestados á la causa de la libertad, si la consecuencia política jamás desmentida en una larga série de años de persecuciones, de padecimientos, de pruebas de todo género, si la firmeza de carácter, la constancia y la dignidad bastan á colocar á un hombre en la categoría de los eminentes patriotas, ninguno con mejor derecho que el ilustre diputado por Cáceres puede aspirar á este título glorioso.

Su larga é importante historia es la historia del partido en que con tanta honra milita, y desde 1839 su nombre figura en todos los actos del partido del progreso, distinguiéndose siempre como uno de sus caudillos más esforzados, más fieles y más entusiastas, siguiéndole en la desgracia y en el destierro y sirviéndole con celo é inteligencia en el poder, habiendo desempeñado cargos públicos importantes durante las dos épocas en que el partido progresista ha regido los destinos de la nacion, de 1840 á 1843 y de 1854 á 1856.

Y no se crea por esto que las influencias de partido le llevaron á ocupar aquellos puestos de importancia; estaba señalado para ellos por su mérito personal, por sus profundos estudios, por sus conocimientos vastísimos en las ciencias exactas, á la sazón tan poco cultivadas en nuestro país, conocimientos que hacían de su cooperacion una necesidad para la buena administración del Estado, para el fomento de ciertos ramos del saber y para la organizacion de una carre-

ra que hasta entonces no habia existido en España, y que nuestros compatriotas tenían que ir á aprender en los colegios extranjeros. Montesino fué el primer español pensionado por el gobierno para seguir en Francia y en Inglaterra los estudios de ingeniero civil, carrera que terminó á costa de no escasos sacrificios personales, y de la cual tan abundantes frutos ha recogido la nacion.

Don Cipriano Segundo Montesino nació en Valencia de Alcántara, provincia de Cáceres, el 26 de Setiembre de 1817.

Su padre, diputado por Extremadura en las Córtes del año 12, tuvo que emigrar al extranjero algun tiempo despues de la vuelta de Fernando VII, de odiosa memoria, y cuando una persecucion sangrienta é implacable no perdonaba á ninguno de los liberales que, por su mal y el de la patria, habian sostenido con sus robustos brazos un trono azotado por la espada del extranjero y minado por la traicion y la cobardía del mismo monarca. La familia de Montesino siguió la suerte de su jefe, abandonando el suelo patrio en 1826, y refugiándose todos en la isla de Jersey, perteneciente á la Gran Bretaña, pero situada cerca de las costas francesas: hospitalario asilo del náufrago de las tempestades políticas, donde el jóven desterrado, al arrullo de las olas murmuradoras que le traian en sus pliegues los recuerdos de la patria perdida, abrió su inteligencia á los primeros albores

de la razon y su corazon á las primeras heridas de la desgracia: allí, con la desnuda naturaleza ante los ojos y la tristeza del destierro en el alma, aprendió á ser hombre, y allí comenzó tambien sus primeros estudios, hasta que en 1832, habiendo resuelto su familia que siguiese una carrera en armonía con sus inclinaciones y con la capacidad que desde edad temprana habia anunciado, le enviara á Lóndres para continuar sus empezados estudios en aquella Universidad.

Con aprovechamiento notable cursó dos años el joven Montesino en la capital de Inglaterra, y sus adelantos le fueron debidamente premiados con diplomas y certificaciones en extremo honrosas.

En 1834, decretada la amnistía con que la reina Gobernadora quiso solemnizar su advenimiento al poder, la familia de Montesino regresó á España; mas no él, que resuelto á continuar sus estudios trasladóse á París, donde despues de prévio exámen, ingresó en la Escuela de Artes y manufacturas, siendo pensionado al poco tiempo por el gobierno español en union de otros jóvenes que se dedicaban igualmente á los estudios industriales, y que formaron despues ese núcleo de hombres de ciencia que tanto han contribuido á cambiar las condiciones morales y materiales de nuestro país, dando nueva direccion á los espíritus y transformando, puede decirse así, la faz del territorio español.

Concluida su carrera en 1837, y despues de obtener en público concurso el título de ingeniero civil, vino á Madrid con objeto de abrazar á su familia y de respirar el aire vivificador de la patria. Pero el espectáculo de nuestra pobreza, de nuestro atraso, impresionó profundamente la imaginacion del joven Montesino, y le hizo comprender cuán beneficiosa al par que gigantesca era la empresa de regenerar por medio de las ciencias, de las artes y de la industria, un pueblo que habia dormido siglos enteros el sueño de la ignorancia, de la miseria y del fanatismo. Sin embargo, era español, se trataba de la patria, y la magnitud de la empresa no debia intimidarle ni obligarle á retroceder; solo que sus fuerzas eran todavía escasas, sus conocimientos no bastante profundos.

Animado de tan patrióticas ideas, abandonó de nuevo su país y volvió á Lóndres, en condiciones más ventajosas y con el firme propósito de perfeccionarse en la noble profesion que habia abrazado. Para el logro de este fin, no perdonó medio alguno: asistió á los cursos públicos, visitó con asiduidad los museos, pasó por el rudo aprendizaje de los grandes estableci-

mientos fabriles, ocupándose durante dos años en la construccion de máquinas de diferentes clases.

Regresó por último á Madrid en 1839, época en que el movimiento político absorbía la atencion de todo el mundo, y arrastrado por la invencible corriente de las ideas, y obedeciendo además á sus sentimientos profundamente liberales, alistóse en la Milicia Nacional y tomó una parte muy activa en el pronunciamiento de 1840, que dió por resultado la regencia del general Espartero, llevando por consecuencia al poder al partido progresista.

Los servicios prestados á la idea vencedora, su adhesion á la persona del regente, su mérito indisputable y de todos reconocido, le hacian acreedor á ocupar un puesto distinguido en aquella situacion política. En efecto, fué nombrado oficial de la secretaria del ministerio de la Gobernacion, desempeñando el negociado de Obras públicas, y en este importante ramo, donde tantas y tan trascendentales reformas habia que realizar, continuó hasta la caida del regente.

En 1841 comenzó á explicar mecánica industrial en el Conservatorio de Artes, siendo tal su desprendimiento, su amor á la ciencia y su deseo de propagar los conocimientos útiles, que renunció al sueldo que para aquella cátedra se habia asignado, y la sirvió gratuitamente. Escaso era en un principio el número de alumnos de tan útil enseñanza, y solo á fuerza de tiempo, de laboriosidad y de inteligencia habia logrado vencer el obstáculo natural que la ignorancia del país le ofrecia. Mas sobrevino el pronunciamiento de 1843, cambió la situacion política de una manera radical, subió al poder el partido moderado, y con la deplorable ligereza, por no decir pasion, con que en España se tratan todas las cuestiones, aun las que ménos se rozan con la política, Montesino fué separado de su cátedra.

Durante el mismo período de 1840 á 1843, fué diputado á Córtes por la provincia de Cáceres, y si bien no se distinguió como orador, sus votaciones fueron siempre independientes, poniéndose de parte de la fraccion más radical.

Cuando el duque de la Victoria, víctima de una coalicion formada en nombre de la libertad, pero que solo habia de servir á la ambicion de un partido, costando rios de sangre y lágrimas á la nacion, cuando Espartero, decimos, viendo España entera sublevada contra él, se resolvió á salir de Madrid, Montesino siguió su suerte; desempeñó junto á él el ministerio de la Gobernacion hasta que fué reemplazado por D. Pe-

dro Gomez de la Serna, y acompañó al duque en su retirada á Utrera, embarcándose despues en el *Bétis*, para trasladarse luego al navío inglés el *Malabar*, que condujo á Lóndres á los nobles vencidos.

Montesino fué uno de los que firmaron la protesta del duque.

Establecido en el extranjero, acudió á su carrera, que le produjo para vivir con cierto desahogo. Recorrió la Italia, la Suiza y las orillas del Rhin, con objeto de cumplir compromisos contraídos en su emigracion.

En 1843, la Academia de Ciencias de Madrid, teniendo presente sus grandes méritos científicos, le nombró uno de sus vocales, eligiéndole despues vicesecretario general y secretario de la seccion de ciencias físicas. Tambien la Academia de Ciencias de Lisboa le nombró su sócio corresponsal.

En 1847 volvió otra vez á España, á consecuencia de un indulto general, siendo repuesto en la cátedra que antes desempeñaba.

En 1848, cuando el duque de la Victoria volvió del destierro, Montesino le acompañó hasta la córte.

Fué encargado de la cátedra de física general en el Conservatorio, y poco tiempo despues de la de física aplicada á las artes, desempeñando mas tarde en el Instituto Industrial la de construccion de máquinas, en donde alcanzó un renombre envidiable por su talento y aplicacion.

Así continuó, siendo víctima de las persecuciones con que el gobierno moderado castigaba toda opinion liberal, aun las que permanecian encerradas en el templo de la ciencia, hasta que tuvo lugar el movimiento político de 1854.

Triunfante aquella revolucion, llamado al poder el partido progresista para que salvara el trono vacilante de la ingrata Isabel, Montesino marchó á Logroño en busca de Espartero, y entró en Madrid acompañando al ilustre general.

A consecuencia de este importante cambio político, tuvo que abandonar la cátedra para ocupar el alto puesto á que sus méritos le llamaban; habiendo sido nombrado director de Obras públicas.

Convocada la nacion á Córtes Constituyentes, presentóse Montesino en la provincia de Cáceres, que le eligió su representante casi por unanimidad.

Cuando ocurrieron los sucesos de 1856, hallábase en Paris, como individuo de la comision internacional, para estudiar el proyecto de perforacion del istmo de Suez, y al tener conocimiento del golpe de Estado, hizo inmediatamente dimision de su empleo de director general de Obras públicas, sin que desde entonces haya vuelto á desempeñar ningun cargo del gobierno.

Desde principios de 1858 á mediados de 1866 estuvo al frente de la Compañía del ferro-carril de Tudela á Bilbao, como director gerente.

Elegido nuevamente diputado á Córtes en 1858 por uno de los distritos de la provincia de Cáceres, formó parte por espacio de cinco años de la pequeña pero enérgica minoría progresista, cuya oposicion y cuyos trabajos políticos influyeron no poco á traer las cosas al estado en que se encuentran.

Despues de la grande y gloriosa revolucion de Setiembre de 1868, Montesino ha vuelto á figurar en las filas del partido progresista, y su consecuencia y su probidad política jamás desmentidas, le han valido por cuarta vez la confianza de los electores de Cáceres, y como antes el sufragio restringido, el sufragio universal le ha llevado ahora al seno de la Representacion nacional.

En las Córtes Constituyentes-forma parte de la mayoría monárquico-democrática, y ha votado hasta ahora con la fraccion más avanzada del partido progresista, que en algunas cuestiones se ha separado del gobierno.



## D. EUSEBIO JIMENO.

En la invicta Zaragoza, en la ciudad siempre heroica, vió la luz primera D. Eusebio Jimeno, el día 18 de Diciembre de 1835.

Hijo único de un honrado artesano y consecuente liberal, tuvo precision, en sus primeros años, de aprender el oficio de curtidor, puesto que su padre, á consecuencia de los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en aquella época, y en los cuales tomó una parte muy activa, consumió los pocos recursos con que contaba para dar á su hijo una carrera, por modesta que fuese.

Pero su madre, que era un modelo de abnegacion y de virtud, y que amaba con delirio á su hijo, comprendiendo que este habia nacido para ser algo más que un simple oficial de curtidor, trató de apartarle del oficio de su padre y dedicarle á una profesion en donde pudiera labrarse un brillante porvenir.

Perseverando, pues, en su pensamiento, y alentada además por los buenos informes que diariamente recibia de los mismos maestros que tenian á su cargo la primera enseñanza del niño Jimeno, se decidió por fin á dar á su hijo una carrera, sin que la arredrasen los pocos recursos con que contaba, ni mucho menos los

insabores por que tenia que pasar hasta conseguir el objeto de sus afanes.

Mas antes de realizar este pensamiento, y queriendo contar con el beneplácito de su hijo, preguntóle qué carrera queria seguir; á lo que este contestó con una entereza extraordinaria en sus pocos años:

—La que más trabajo lleve consigo, siempre que esta sea independiente.

Respuesta que llenó de júbilo á su madre, y que le valió un millon de caricias, prodigadas con esa ternura que solo una madre posee.

Como se ve, aquí se revela ya el carácter independiente de Jimeno.

Viendo, pues, los buenos deseos de su hijo, aquella digna señora, despues de un maduro exámen, optó por la carrera de ingeniero de caminos, canales y puertos.

Así las cosas, la familia toda emprendió el viaje á Madrid, arrostrando las penalidades consiguientes á la escasez de recursos.

Una vez en la córte, el jóven Jimeno se dedicó al estudio de las matemáticas con tanto afan, que al poco tiempo sus profesores, viendo los adelantos del apli-

cado escolar, no titubearon en confiarle la enseñanza de los discípulos más atrasados de la clase.

Alentado, pues, por sus profesores, abrió un modesto colegio preparatorio para carreras especiales, logrando, merced á sus desvelos, que los dos primeros alumnos que presentó en el colegio de artillería, obtuviesen los dos primeros puestos.

Dado este importante paso en su carrera con éxito tan lisonjero, el jóven profesor adquirió fama notable, y en muy corto tiempo reunió gran número de discípulos, casi todos de más edad que él, que le proporcionaron recursos suficientes para poder seguir y terminar su carrera.

Concluida ésta, fué trasladado á la provincia de Huesca, en donde se granjeó muchas amistades, tanto por sus vastos conocimientos, cuanto por su carácter franco y leal.

Asegurada ya su posicion social, y sin desatender los intereses de su carrera, dedicóse á estudiar la política, y no tardó en desenvolver, abrazándolas con

entusiasmo, las ideas liberales que desde muy niño germinaban en su mente.

Algun tiempo despues fué trasladado á la provincia de Zaragoza. Tanto en esta como en la de Huesca trabajó con energía por el triunfo de la causa de la libertad, y tomó parte en todos los acontecimientos políticos que por entonces tuvieron lugar en Aragon.

Todos estos trabajos, y sus esfuerzos para llevar á feliz término la revolucion de Setiembre, fueron reconocidos por el Comité republicano de Huesca, que al nombrar los candidatos que habian de representar la provincia en las Córtes Constituyentes, incluyó su nombre en la candidatura republicana, sin que Jimeno tuviese de ello la menor noticia.

Elegido diputado por una gran mayoría, y consecuente con sus doctrinas democráticas, hizo dimision del destino que ejercia, quedando sin más recursos que los suyos propios, que á decir verdad son bien escasos. Entre los individuos de la minoría republicana, D. Eusebio Jimeno ocupa un puesto distinguido.